

lugares hay de la Sagrada Escritura que nos dicen ser este vicio idolátrico usado de los padres y abuelos de Abraham, al cual sacó de entre ellos y le enseñó su doctrina y voluntad, uno de los cuales se dice en Josué,¹⁷ pero por evitar prolijidad no refiero a otros, que son inmensos e infinitos. A lo cual podemos decir que es verdad que la idolatría fue muy más ampliada en el segundo siglo que en el primero; porque en el primero, ya que todos fueron malos y pecadores, en muchos géneros de pecados, no lo serían todos en la idolatría, mayormente los descendientes de Adán, por la vía de Seth; pero los que venían por la de Caín, lo serían todos, según lo dicho, declarando el lugar referido de la invocación, que en tiempo de Enós se hizo del nombre del Señor, invocándolo unos para bien y honra suya y otros manchándolo y amancillándolo con el detestable vicio de la idolatría.

CAPÍTULO VII. Cómo los gentiles desta Nueva España creían ser dioses muchos hombres encantadores, por embustes que hacían; y del origen fabuloso que algunos tuvieron



UES SI VOLVEMOS LOS OJOS a las mentiras y ficciones de otros que se dejaron llevar de la opinión de hombres embusteros, veremos cómo también los han tenido por dioses, siendo antes dignos de reprehensión en sus hechos que de ser tenidos por tales; entre los cuales hubo uno en esta Nueva España, llamado Titlacahuan (que quiere decir, somos sus criados), que siendo hombre vicioso, encantador y hechicero, sólo por los embustes que hizo le contaron en el número de los dioses. El origen de este dios comenzó en esta manera: Hubo en la ciudad de Tula un encantador y nigromántico, llamado Quetzalcohuatl, el cual por sus embustes y marañas fue también tenido por dios de los tultecas, cholultecas y casi en general de todos; y estando gozando este dicho Quetzalcohuatl de su buena suerte y próspera fortuna en la dicha su ciudad, este nombrado Titlacahuan fue con otros dos compañeros allá, y engañándole con sus engañosas y fingidas razones, le hizo creer que en el nacimiento de el sol estaba un varón viejo que le llamaba, lo cual confirmó con una bebida que le hizo beber, la cual aunque por fuerza y con recelo del engaño, el dicho Quetzalcohuatl la bebió y quedó de allí adelante tan persuadido a que era verdad, que era llamado para gozar de nuevo y mejor reino que el que poseía, que fue poderosa esta imaginación a sacarle del cierto y verdadero que gozaba, por ir a tomar posesión del otro; de manera que en este embuste quedó Quetzalcohuatl vencido de Titlacahuan y de aquí estimado y tenido por Dios. No fue sólo este embuste el que este pésimo encantador Titlacahuan hizo, sino otros muchos en los cuales, mostrándose famoso hechicero, ganó el crédito y opinión dicha de dios falso de esta ciega gente; y lo que resta de su vida se dirá cuando tratemos de su falsa deidad.

¹⁷ Ios. 24.

El mismo Quetzalcohuatl fue hombre, aunque según opinión de algunos, bueno moralmente, dado a buenas costumbres; y según otros, fue semejante al pasado. Otros muchos fueron estimados por dioses, que padecieron este defecto, imitando a la otra gente ciega del mundo, que dijeron ser dioses hombres mortales, tomando en cada provincia el cuidado de adorar aquel que más les había favorecido; y así, dice San Isidoro,¹ que los de Egipto adoraron a Isis, los de Creta a Júpiter, los mauritanos a Juba, los latinos a Fauno, los romanos a Quirino, los atenienses a Minerva, y los samos a Juno, los pafos a Venus, los najos a Líber, y los de la isla de Delo al pésimo y nefando Apolo; todos los cuales fueron hombres, pero por particulares causas y hechos, estimados y tenidos por muy particulares en ellos, y como los poetas no curaron de más que hablar, aunque fuese mintiendo, tomaron ocasión de esta general licencia que tenían de mentir para poner las alabanzas de éstos en los cielos (como dice el mismo santo en el mismo lugar); pero lo que yo quiero inferir de lo dicho, es la locura de los hombres, que tal deidad atribuyeron a los que eran hombres como ellos y no sólo no buenos, pero bestiales y sucios, como hemos visto; de donde se colige ser la idolatría abominable, pues lo que tenemos por abominación fue origen de su estimación y precio.

CAPÍTULO VIII. De cómo aunque todos los gentiles, así antiguos del viejo mundo, como los modernos de este nuevo, han seguido este error de adorar hombres por dioses, no les ha faltado conocimiento de que hay dioses supremos de cuya potencia procedía el ser y vida



ASO MUY FÁCIL ES CAER DE UN ERROR en otro, porque como dice la gente docta, dado un inconveniente, se siguen otros muchos en aquella causa; y así, es de pensar que les sucedió a todas las gentes del mundo, que comenzaron a errar en el conocimiento de Dios verdadero, porque dado caso (como ya hemos dicho), que tuvieron conocimiento de Dios confuso e indistinto, no se aprovecharon de él, de manera que les valiese para llegar a merecer el socorro de Dios para su verdadero y distinto conocimiento, por lo cual vinieron dando de ojos en errores y desatinos dignos de hombres desamparados de la gracia y desposeídos de todo favor y ayuda; de aquí nació la invención de los muchos dioses y el tomarlos por defensores y amparadores de sus causas y necesidades; de cuyos hechos se ríe y mofa el glorioso padre San Agustín,^{1bis} diciendo no poder llegar a más la locura que reconocer y recibir por dioses, defensores de la patria, a dioses vencidos que a sí mismos no pudieron defenderse. Mas aunque es así, que ciegos con sus desatinos erraron en la erección y levantamiento de sus

¹ Div. Isid. lib. 8. Ethymol. cap. 11.

^{1bis} Div. Aug. lib. 1. de Civit. Dei. cap. 3.